

Tango del César Vallejo

El ausente se marcha cada día.

Proverbio japonés.

Ceniza de volcán
 mudo
 apaleado
 sin fronteras
 con un tiempo mejor en cada mano
 viene César Vallejo
 jueves húmedo
 a su Madrid que crece de hormiguero
 la España que cayó
 digo
 es un decir
 que cae
 entre tanta esperanza desangrada
 milicianos con nietos que no entienden
 volubles drogadictos
 burócratas electrodomesticados
 seguridad de desempleo
 calles desarboladas
 hacinamiento de automóviles
 cae
 hacia la especulación demoledora
 el fraude cínico
 la industria nacional pornográfica
 la polución suicida
 y las brigadas internacionales de exiliados
 cenizas de volcán
 mudos
 apaleados
 sin fronteras
 otra vez la América en huesos
 reclamada por torturadores
 cárceles de nazis made in usa
 batallones paralelos de verdugos
 coroneles triunfantes de golpe
 llega César Vallejo
 en busca del pueblo de Madrid
 la resistencia heroica que no pasa
 con casas del tamaño de su puerta

estruendoso vino cordial
desmadejados abrazos entrañables
y lo encuentra
y los niños sin dos
con su cuaderno ajado pero vivo
cesados de crecer por hambre
medallas enlamecidas
degradados de alfabeto
hasta la letra en pena
el trabajo emigrante
la represión adusta
continúan
pese a todo
a la altura solidaria de su verso
hombres ya
pluriempleo
cansancio
frustraciones
y garantizan créditos de viajes
para huir del horror
ceden habitaciones
apretándose
inventan vacaciones compartidas
para aventar nostalgias
avalan a personas abrumadas
frente a ventanillas inquisitoriales
y están a mano
a voz
a depresiones
y hacen café cuando la carta triste
o compran bisutería prescindible
muñequitos de miga de pan
canciones en los túneles del metro
a los niños del mundo
desterrados
con lápices sin punta
con llanto en cada tema
asustados de noche sin regreso
susceptibles de angustia
desvalimiento
férulas
porqué
César Vallejo
ceniza de volcán
mudo

apaleado
 sin fronteras
 si España cae
 digo
 es un decir
 si cae
 siempre cae en su pecho.

José Alberto Santiago

El discurso de yerba

Oda didáctica en Vallejo

I

Vallejo dice: hoy la muerte
 está cavando una llovizna sobre los pensamientos
 y las letras,
 letradas fervorosas sobre los epitafios de la
 piedra.
 No es decir corazón, apenas se hace larva
 la cavidad pulsante de una boca que, haciendo daño,
 alumbra.
 Que mordiendo se adhiere y se constela
 sobre los feldespatos y los sílices,
 como la yerba efímera, para que sea durable la
 palabra.
 No es decir corazón, ah, si al lado,
 se vierte esplendorosa como araña la parturienta
 sombra de esas letras.
 Reteniendo su caza, como araña.
 Porque es ese momento el que agoniza para que, devorado
 por nosotros,
 avive con nosotros su memoria.
 Así es el morir: se ve su oro
 y su moneda falsa. Y el vocablo, que es agonía y
 vida, se desdobra
 abriendo y desbrozando la maleza
 con su machete brujo, su miseria, su guarnición de

yerbas y su labio,
labio de luna airado, responsable, frenético y caído
entre las jergas
de la caducidad doliente y húmeda,
de la sonora oscuridad que hiere y canta.

Ah, tú, el más perdido entre las sombras.
Corazón malsonante, alimentado por los abrojos duros
de la encía
y la encarnada menta de una sílaba,
contradictoriamente introducida en la conversación
agria y celeste.

Ah, tú, el más perdido entre los malos trovadores.
Porque quisieron imitar tu desorden.
Cuando tu desaliño se blandía entre la gasa de las
modas y la música
de los cafés cantantes del poeta.
Como un pañuelo triste que le decía adiós a los vi-
sillos,
al disimulo de los bailes y a las miserias del
idioma.

Tan rumorosamente en contra de los relojes manejados
por los gobernadores del oxígeno,
los notarios del agua, los fiscales de la respiración
fonética, ah susurro,
suave látigo de fronda,
armado hasta los dientes contra la falsa vida efímera,
entrando con tu miel por los resquicios del alma silabante,
luz nerviosa
en la faringe oscura de las rosas.

II

Porque quisieron imitar tu orden.
Como si fuera dado a todos conciliar al esparto
y su gramática.
Meter la hélice y la fronda
en la revolución del dulce higo
con su gusano dentro y su palabra, agónico en el
roce y en la forma
de desdecir su tiempo y su maraña.
Porque la confusión de la existencia, encabritada
hacia la fronda aérea,
halla su plenitud, su hacha y su grandeza,
en el bosque musical colérico,
pura tripa raspante entre el helecho de las adormecidas

sombras desmayadas
 y los significados de la muerte espesa.
 Ah, duro Orfeo hirsuto de malezas.
 Oscuro verbo crepitante, tenso, en el expresionismo
 del cadáver
 que cada voz encierra como larva.
 No es el alcanfor el que enmudece.
 No está tu traje limpio en la carcoma.
 No es el terror oscuro el que hace mueca de tus
 labios.
 Sino la compostura de tu voz es la que cuelga, ho-
 rrible, en la alacena.
 para que los parásitos se coman
 tu palpitante hombro, tu cabello sesgado, tus oje-
 ras de forajido dulce, hondo,
 tu hosco numen
 de polen trasquilado por lloviznas de pequeñísimas
 tijeras.
 Ah, tú, en blancos folios de camisas, de algodón
 inclemente, de roperos
 cerrados siempre a las triviales musas.
 Predico para siempre tu agria leche
 mezclada y removida, como un volteo de campanas, con
 la melaza oscura de tu infancia.
 Arpa pedestre y carromato ácido, ruido de Casiopea
 aherrojada. ¡Arácnido
 de posesión estomacal!
 Vallejo expresionado en la devoración y en la ternura
 de los significados últimos del verbo.
 Como su fuera un flato en medio del vergel hediondo
 de cerezas,
 cuando agonizo junto al agua verde.
 Así es el tiempo ripio vomitado entre mis dos suspi-
 ros medio ángeles.
 Cuando las babilonias de la yerba resumen esta gloria
 efímera
 en el malentendido de unos versos
 como si fuera arrope, música, que debería esperar la
 muerte oscura
 sobre las cañas húmedas. Comprendo
 que cardos y mejunges y boticas aclararían la voz
 expresionista,
 delirante en la infancia de los juncos que la ribera
 lleva hacia el ocaso;

que es tarde, tarde, que un olivo llora,
 que las estrellas maten tu lenguaje,
 que quiera sofocar este discurso
 el pasto de las yerbas y las lápidas, cuando el relente
 cierne su ternura
 sobre el labio frenético. Oh, responso,
 antístrofa mortal de la elocuencia.
 Breve, el coro de grillos, tan acorde de tu mucha
 existencia derramada,
 aflora entre los gritos y el ahogo
 como un espejo de exterminio, aceña, condenación
 locuaz del agua dulce
 en donde, río abajo, van los sones y las palabras
 moribundas. Ora,
 ora triste y nocturna,
 como un espanto declamado, un asma, un ave grito o
 un discurso yerba.

Rafael Soto Vergés

Pruebas de amor

Quisiera hoy ser feliz de buena gana.

C.V.

Cortaré mandrágoras para el alma taciturna
 armarás carabelas rumbo a mares selenitas
 dilapidarán sus jornales los antepasados
 volverá Vallejo al revés de las aves del monte
 dibujarás horóscopos en piedra andalucina
 aromaré jazmines en los ojos del tullido
 y la voz del jorobeta en los muñones de un ciego.

Juan José Téllez Rubio

Traspié diurno entre dos espejos

Todos mis huesos son ajenos;
yo tal vez los robé!

César Vallejo

Lunes, perfil de lluvia con zapato y 3.
Un hombre, a quien nadie conoce
ni recuerda,
lleva en la mano una cajita de harina,
estuosa,
y, en el bolsillo más secreto,
dos fotografías y un botón de la camisa, nuevo.

*Una piedra en que sentarme
¿no habrá ahora para mí?*

Todas las calles lo anuncian:
«Crecen astillas de hielo en el ojal del hueso.»
Pasa César Vallejo, de incógnito, ladea la cabeza,
se agacha y deja un sobre abierto en la acera:

*Si al menos el calor (— — — — — Mejor
no digo nada.*

Dos tinieblas incrustadas en la pared.
Medio sueño inclinado.
Allí está otra vez, en cuclillas detrás del semáforo,
el vendedor de recuerdos abandonados,
inmóvil y callado, ajeno,
desde el día en que la ternura
se le hizo insoportable. Silba un esqueleto.

Rubio y triste esqueleto, silba, silba.

Una hora al día corre por calles y plazas,
tropieza, se levanta, disimula, vuelve a correr
y, de súbito, al lado de una piedra húmeda,
halla de nuevo al ser misterioso,
sin mirada ni cumpleaños,
que le dedica epístolas y canciones de hogar.

*Va corriendo, andando, buyendo
de sus pies...*

Aquello no le sorprendió.
Seguramente, era demasiado tarde:
ya no había nadie detrás de aquel recuerdo.
De todo esto yo soy el único que parte.

Alberto Tugues

Lamento

¡Lo entiendo todo en dos flautas
y me doy a entender en una quena!

Era la edad aquella de la treinta desgana
y del dolor. Nadie había en Santiago, nadie
en Santiago de Chuco, España, digo,

dije Perú. Nadie cantaba, cholo:
el sol, la soledad, la hiriente cal del día.
No había.

La hoja del árbol, quieta; el polvo, el ruido, inmóviles.
En paz la hueca sombra húmeda de los pozos, pero:
cuídate, César, de tu propio

César. Vallejo, cuídate de tanto palo,
de tanta tos, de tanto no haber nadie en las barandas,
por las plazuelas, en las calles, dentro

del verso y del temblor de cada lágrima subyacente.
Porque el frío no ha muerto y porque el miedo
nunca muere jamás como la escarcha

que en su estupor a niebla parecida
duerme. Y si el estío acaba y luz no luce y sigue
soledad, alguien golpea y lluvia —allá en París—

la muerte abre, abre
partiendo el esternón de la tristeza,
el pecho del llegar a ningún sitio, cuídate,

cholo, cuídate mi España, cuídate
de la mar y de las nubes, de la tierra quemada
en la sequía. Y de la teología, y del cultivo

general de la rosa y el esparto.
No vuelvas nunca a bienpesar que madre
pueblo se nos dispersa y va en andrajos, anda
porque Dios no está enfermo sino roto
y se vuelca en fragmentos tristemente ya inútiles
sobre la terca, inhóspita, insegura

igualdad de los hombres.

Jesús Hilario Tundidor

